

TODO FIN ES UN COMIENZO

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Evelyn Erlij
24 de Abril, 2019

La pregunta de esta tarde –si es que es sólo una y no varias escondidas una detrás de la otra– apunta a pensar qué sucede hoy, ya bien entrado el siglo XXI, con la socialdemocracia. En otras palabras, desde dónde pensar una corriente política que durante varias décadas fue sinónimo del bienestar social, y que hoy parece el fantasma de una utopía o, quizás, una idea seductora que ronda por los debates políticos sin terminar de encontrar una forma, un cuerpo nuevo en el que reencarnarse.

En Europa, cuna y laboratorio de la socialdemocracia, desde hace unos diez años los medios de comunicación se llenan de artículos que anuncian la crisis, sino la muerte, de uno de los proyectos políticos más importantes e influyentes del siglo XX, afirmándose en cifras que no está demás mencionar: en el año 2000, por ejemplo, los socialdemócratas o los socialistas eran parte del gobierno de 10 de los 15 países de la Unión Europea, mientras que el año pasado, de los 28 que conforman la coalición, solo cinco estaban liderados por la centroizquierda. Economistas, científicos políticos, filósofos, sociólogos y periodistas han esbozado un sinfín de posibles causas, pero si en algo coincide la mayoría es que la socialdemocracia sufre hoy una crisis de identidad: a primera vista, parece un movimiento esclerosado, incapaz de adaptarse a estos tiempos y de lograr un equilibrio entre el Estado de bienestar y el mercado desregulado.

Se le critica que ha abandonado sus viejas ideas; se le reprocha que el trabajador, el obrero y el asalariado de clase media desaparecieron de sus discursos. Su imagen es una nebulosa, y algunos, más a la izquierda, la consideran demasiado moderada, ambigua, tibia. La lista de reclamos es larga, pero a modo general, pocos entienden muy bien de qué se habla respecto de socialdemocracia hoy. Algunos, como el sociólogo francés Pierre Rosanvallon, culpan de esta crisis de identidad a Tony Blair y la tercera vía, que no definieron una visión social alternativa. Cito: “Las desigualdades crecieron y, como dijo Rousseau, la desigualdad material no es un problema en sí misma, sino solo en la medida en que destruye la relación social. Una diferencia económica abismal entre los individuos acaba con cualquier posibilidad de que habiten un mundo común”. Lo que quiere decir Rosanvallon, en definitiva, es que hoy la solidaridad –uno de los valores base de la socialdemocracia– resulta una idea cada vez más utópica en un mundo individualista y fragmentado como el que habitamos. Sin ir más lejos, en Chile muchos reclaman por un Estado que garantice una educación, salud y pensiones dignas para todos, pero pocos han estado

dispuestos a problematizar la necesidad de repensar la carga tributaria. No hay que olvidar que uno de los costos de un sistema de bienestar fuerte son los impuestos directos a las personas, que en algunos países europeos como Bélgica corresponden al 43%.

Hay que ser justos: si se mira hacia los costados, prestando atención a discusiones que aparecen por aquí y por allá, podemos ver cómo, hace menos de una semana, el rector de Harvard decía estar preocupado por el desdén y la desconfianza con que su alumnado, la mismísima elite de la elite, miraba el liberalismo económico. Al mismo tiempo, en países como Francia —cito a Rosanvallon—, la derecha ha conquistado no sólo sus núcleos históricos, sino también las posiciones clásicas de la izquierda, creando así un escenario de confusión que dice tanto sobre las estrategias de una derecha populista como de una izquierda escindida de la clase trabajadora. Ejemplos como estos hay muchos: sin ir más lejos, en el supuesto “debate del siglo”, Slavoj Žižek dijo que una propuesta como la de Bernie Sanders, que hace 50 años era socialdemocracia pura y dura, hoy suena a izquierda radical.

Para ir acotando este escenario de desconcierto, e incluso para ir afinando el objetivo de esta sesión, sería interesante preguntarse si el futuro de la socialdemocracia —es decir, su estrategia de supervivencia— pasaría por la capacidad de frenar e incluso de reformular el capitalismo tardío. Existe una corriente crítica muy amplia —que va de las observaciones sobre la desigualdad de Piketty a las reflexiones sobre el Antropoceno y el modo en que las formas de producción contemporáneas pueden terminar con la vida humana— que apuntan a un inconformismo serio y creciente con respecto al potencial de cambio del capitalismo financiero de los últimos treinta años. Al menos, a su capacidad de romper con desigualdades estructurales e incluso a dar una respuesta satisfactoria en asuntos de salud, jubilación o ecología. Sabemos que el capital ayuda y sirve sobre todo al mismo capital, pero la promesa de que también serviría a las clases desfavorecidas, que podría responder de otro modo —pero a fin de cuentas responder— a las preguntas básicas del Estado de bienestar resulta hoy dudoso. A largo plazo, quiero decir, el liberalismo económico parece ser incapaz de abordar asuntos que requieren de posiciones radicalmente políticas —y no políticamente radicales— que se tenderían a buscar en la socialdemocracia. O, al menos, en una socialdemocracia previa a Tony Blair, que se podía permitir desconfiar de la economía liberal como una forma de teología.

Žižek hace un tiempo decía que Europa no aceptaba que el siglo XX había terminado, y con él, la socialdemocracia, al menos, como la conocemos. Que el conservadurismo de los socialdemócratas les había impedido pensar estrategias nuevas y acordes a los tiempos, donde la robotización y la uberización de la economía —desde el transporte a la academia— han cambiado radicalmente —y seguirán cambiando—

el panorama laboral. La precarización del trabajo y sus condiciones, la falta de seguridad y estabilidad laboral, tienen defensores en la promesa de la libertad y el individualismo, pero el contrapeso de la solidaridad e incluso del bien común parece ausente del debate. A fin de cuentas, la idea de sociedad y de comunidad es la que se pone en juego. El éxito de la socialdemocracia de postguerra fue también el éxito de una propuesta que encontró crecimiento económico y desarrollo social. Cabría preguntarse, entonces, si hoy esas metas son compatibles y más aún: ¿cómo el bienestar vuelve a estar en el centro de las políticas públicas y cómo se asumen esos costos? ¿Puede existir un colectivo en un mundo fragmentado hasta la individualización, con redes sociales que no informan sino que confirman juicios y prejuicios? ¿Cómo se puede volver a confiar en la solidaridad y la fraternidad como principios morales y políticos? Para Paul Krugman, el Nobel de Economía, todo se trata de poner límites y de administrar la codicia, de limitar moralmente al capitalismo, de permitir que la economía —una economía sana, para más señas— pueda convivir con cierta seguridad laboral y social e incluso con un ecosistema que no corra el peligro de desaparecer bajo las aguas del calentamiento global.

Luego, y sólo para complejizar aún más el panorama, están las demandas ciudadanas locales, principalmente por salud y educación, que no sé si confunden, pero al menos unen, aspiraciones individualistas y colectivas. Hace un tiempo, el profesor Ernesto Águila decía que en Chile “conviven aspiraciones intuitivamente socialdemócratas con subjetividades neoliberales. A una propuesta socialista en Chile le hace falta dar una batalla de tipo cultural para confrontar estas subjetividades”. Su llamado, creo, apunta a hacer visible la ideología del individualismo que incluso ha permeado demandas sociales desde sus mismas bases. O dicho de otro modo, cómo se educa lo común bajo lógicas individuales.

Ignoro cómo se comienzan a responder estas preguntas. De seguro, pagando más impuestos, y tal vez en instancias como estas, capaces no de generar respuestas, pero al menos diálogos que inserten temas y puntos de vista que, durante los últimos años, han sido dejados de lado. Pensar el futuro, ya no de la socialdemocracia, sino el futuro a secas, es tal vez la principal responsabilidad de la gran política. Una economía creciente y sólida sin una gran mayoría que pueda aprovecharla y beneficiarse de ella no tiene ningún sentido. Lo mismo sucede con la tecnología y los avances científicos. La tarea de la socialdemocracia y su supervivencia, por lo mismo, supone ofrecer soluciones, dejar la comodidad del presente (y del pasado) para buscar un lugar en el que sus valores, en particular el bienestar social y la misma democracia, estén en el centro de eso que llaman políticas públicas, pero que estaría bien llamar política, a secas.

